AMOR HUMANO, NOVICIADO CRISTIANO, por *José Luis L. Aranguren.*

HAY horas, por ejemplo la del morir, cuando, al menos por de pronto, y ante lo que se viene encima, se está dispuesto, ¡qué remedio!, a renunciar a todo, en las cuales es muy fácil ser cristiano. Claro, como que ya no se vive. En cambio, en los años de juventud, al punto en que la savia bruta del deseo sube, tumultuosa, por los miembros, cuando un ímpetu oscuro enturbia los sentidos, y la vida, sorda y ciega, no busca otra inmortalidad que la derramada sobre la tierra, ¡qué penosa la renunciación cristiana! Y, al fin y al cabo, mientras es pura—impura—tentación de pecado, la prueba será ardua, pero la solución, bien simple: abstenerse, no consentir, cortar. Pero ¿y cuándo ya hay amor, noviazgo, propósito más o menos próximo de matrimonio? En otros tiempos se ponía por medio la vigilancia externa de las relaciones: que los novios no saliesen solos, etc., y la ñoñería—si real o producto de «mala fe» en el sentido sartriano, vaya usted a saber—de la novia. El período de noviazgo transcurría así, sin auténtica comunicación, y luego, de golpe y porrazo, el *shock* brutal de la noche de bodas.

Hoy, las cosas han cambiado; las jóvenes no son ya niñas amparadas por la vigilancia materna, sino mujeres responsables de sí mismas, enfrentadas valientemente con su destino, expuestas a la vida y al varón. Ni tampoco puede mantenerse aquella antigua ficción, según la cual antes de la boda todo era inocente; después, todo permitido en cuanto autorizado por las bendiciones. (¿Se repara suficientemente en esa variedad de luteranismo práctico de tantos cónyuges, que están atentando constantemente contra la dignidad del matrimonio, en la cómoda creencia de que, en consumando la unión carnal, todo lo tapa el Sacramento, como para el luterano todo lo tapa la fe?) No; desde el momento mismo de la elección amorosa está ya presente, casi siempre, el ingrediente erótico, está funcionando el apetito sexual. Por eso justamente es tan difícil vivir, en ese tiempo anterior al matrimonio, como cristiano, es decir, empleemos la expresión fuerte, insólita, que nos ponga frente a la realidad: ser, sin gazmoñerías ni pudibundeces, femenil y virilmente, *novios santos.*

Una religión como la nuestra, que pone entre los libros santos el *Cantar de los Cantares,* no puede ser mojigata, y si santifica el estado de matrimonio es porque, sin hipócritas «idealismos», em-

pieza por aceptar los hechos tal como en verdad son: amor de alma y cuerpo como fundamento; un elevado sentido de la responsabilidad moral—seriedad ante el destino que libremente se elige—como resolución; y lo uno con lo otro, trascendidos por la oblación que da a las bodas su sentido religioso.

En cuanto al amor, cada cual, hombre y mujer, aporta el que tiene, como aporta caudal, dote y ajuar, e igual acontece con la piedad. Que las mujeres sean más apegadas a las prácticas externas de piedad y los hombres más impacientes en sus urgencias eróticas, no son particularidades en las que hayamos de detenernos ahora. Más importante es el hecho de que la toma de estado produzca una mudanza psíquica y social mucho más radical en la existencia de la mujer que en la del hombre. Esta diferencia, que probablemente radica en la naturaleza, al hacer de la mujer eje de la familia y el hogar frente a la salida del área de preocupaciones estrictamente domésticas, que es siempre, para el hombre, su profesión, se encuentra agravada porque el elemento *ético*, característicamente varonil, no ha tenido entre nosotros todo el desarrollo que debiera. La mujer enamorada se entrega al matrimonio espontánea, ilusionada, cordial, impremeditadamente. Es al hombre a quien compete ir a él reflexivamente, con plena conciencia de su responsabilidad y de la medida en que va a *hacer* su vida, sin posible marcha atrás, ligándose existencial e inquebrantablemente a otro ser humano. En las «Conversaciones católicas» de la pasada primavera en Gredos, conversaciones, a mi parecer, de una importancia incalculable para el futuro del catolicismo español, fué sensible que, al discutir la comunicación de Julián Marías, la discusión, derivando a otros temas, dejase intacta esta frase sobre la indisolubilidad del vínculo conyugal: «Es hermoso comprometerse para siempre, incluso más allá de la muerte, y hacer libremente gestos irrevocables, imagen de la condición profunda de la vida humana.» A mi juicio, una de las tareas que tienen pendientes en España el intelectual cristiano, el hombre cristiano, es, respectivamente, la de cobrar plena conciencia de la profundidad de la institución del matrimonio y, sobre todo, vivir ésta en su plenitud. ¿Es un puro azar que tengamos en España dos libros clásicos, de todos conocidos, uno el de Vives, otro el de fray Luis de León, sobre el noviazgo y el matrimonio de la mujer, pero ninguno de importancia dirigido al varón? Lo ético en cuanto tal, ético puro, uno de los grandes descubrimientos de Kant, no lo encontraremos aplicado a la concepción del matrimonio hasta Kierkegaard.

Desde dos puntos de vista justificó Kierkegaard, frente al libre amor romántico, el estado conyugal: primeramente, en *Los derechos estéticos del matrimonio,* desde el estético. Después, en *Reflexiones diversas de un marido sobre el matrimonio, frente a objeciones,* desde el ético. Vivir en el mero plano estético es vivir en lo inmediato, dejarse llevar de la pasión del momento, «perderse en frívolos experimentos con la vida», no precisamente entregarse al mal, pues aquel para quien el mal existe ha penetrado ya en la esfera éticorreligiosa, sino atenerse a las solas categorías de «lo interesante» y la «curiosidad»; y, en definitiva, no escoger «lo uno o lo otro», no «elegirse», como dirá después Sartre; quedarse frívolamente en la «indiferencia» ahistórica y el jugueteo con el Destino.

¿Quiere esto decir que el amor conyugal deba oponerse necesariamente al amor inmediato, romántico, al «primer amor»? No. El matrimonio, en vez de matar al amor, como creían los románticos, lo que hace es esclarecerle y afirmarle, dotarle de concreción e historización. Esa pretensión de eternidad con que se presenta el amor romántico es, por sí sola, completamente ilusoria: es la eternidad del instante que pasa. Y el amor mismo, en tanto que no es asumido, realizado, usado, vivido, no puede decirse que sea tampoco más que una ilusión que se prevale de su atmósfera de irrealidad para, encubriéndose en su propio sueño «poético», engañarse con una sed de permanencia sin duración real. Pues en el mundo no hay otra eternidad que la capaz de soportar la prueba del tiempo, el desgaste de la existencia histórica.

El amor conyugal es un amor romántico en el que de verdad se cree: tanto que, en vez de *jugar con él,* se*juega* la existencia *a él.* La decisión introduce en el amor el elemento ético, la libertad con la responsabilidad, la preocupación y la consiguiente aceptación de un riesgo: el del fracaso del amor.

La muchacha es bella «a distancia» y «para todos». La esposa no tiene ya tras sí un cortejo de pretendientes; ya no es bella «en general», sólo es bella a los ojos de su marido. ¿Es por eso menos bella? «¿Es una imperfección en las flores del campo (como en todas las obras de Dios), que únicamente a la mirada microscópica—es decir, vistas no al pasar, sino de cerca, despacio y con amor—se revelen en toda su gracia, finura y primor?» El matrimonio es belleza, pero no en abstracto, sino «en los pormenores, en los detalles, en las particularidades de la vida». La belleza, como el amor, no pasan; simplemente cambian de sitio, se localizan en otro lu-

gar, y dejan de ser inmediatos y «gratuitos» para transformarse en interiorizada «recompensa».

Después de Kierkegaard ha sido Gabriel Marcel quien—aunque por modo indirecto, poniéndose el problema frente a la ética de la sinceridad pura—ha meditado más profundamente sobre la posibilidad *moral* del matrimonio en tanto que «fidelidad» y *engagement* del porvenir. Pero sus reflexiones son ya bastante conocidas, y, por otra parte, yo no quería hablar de filosofía, sino de vida. Todos los católicos creemos en la santidad del matrimonio. Mas ¿la vivimos realmente? Hace año y medio conocí a una joven francesa, católica, que habiendo terminado sus estudios universitarios de filosofía se disponía a contraer matrimonio con un protestante. Ante la profunda seriedad moral con que consideraba el paso que iba a dar y las grandes esperanzas que, en el orden espiritual, ponía en él, no pude menos de preguntarle si no temía que la diferencia de religión interpusiese tal vez un obstáculo a esa impresionante unión que ella concebía. «No—me contestó—, porque si nuestro amor es verdadero y no fracasa, forzosamente uno de los dos terminará por convertir al otro.» Yo no sé si llevada al límite esta suerte de «mística conyugal», no surge el peligro de que todo sea subordinado a ella, y que por amor se renuncie a la religión, como tantas veces se ha hecho, en el curso de la Historia, por motivos políticos, por «razón de Estado», en los enlaces reales. Pero de cualquier modo es espléndido que, en medio de la frivolidad de nuestro tiempo, de tan expeditos casamientos y descasamientos, haya jóvenes que vivan de verdad el matrimonio como «trance de unidad». Pues bien: estos jóvenes existen también, gracias a Dios, en España. Y un grupo de ellos, entre los que hay que mencionar muy en primer término a Alfonso Albalá, desde la misma vida está llevando esa seriedad no a la filosofía, como Kierkegaard o Marcel, sino a la poesía. Su precursor ha sido, sin duda, Luis Felipe Vivanco, cuyo libro *Continuación de la vida* (y antes *Los caminos*, sólo parcialmente dado a conocer) ya fué considerado por nosotros en esta línea de exaltación éticoexistencial del matrimonio. Ahora es un libro más vertido a lo religioso que a lo moral, y temáticamente ceñido al noviazgo, el que bajo el título de *Trance de Unidad. Expectación cristiana de las bodas*, acaba de aparecer. Su autor, Manuel Lizcano, canta ese *¡Noviciado de la unión de los cuerpos: alma y vigilia!*, que es la preparación del matrimonio. Pero estas líneas que yo escribo no son una crítica de poesía (aunque bien la me-

rezca el libro). Yo ahora no sé si el libro, desde el punto de vista de la palabra poética, consigue algún hallazgo o no; si la técnica de su verso es importante o si la obra será mencionada en las futuras historias de la poesía española. El simbolismo de los títulos que llevan las partes en que se divide el poema me perturba un poco; pero la sobriedad del verso, tan directo, tan a lo que va, me devuelve a lo que aquí me importa registrar: el testimonio fehaciente de un noviazgo cristiano; la sed ardiente de unión en el «día interminable» y la «aventura inédita» de hacer en el tiempo y con el tiempo ese «hombre doble» que, desde siempre, previó Dios:

Le hemos de hacer tan ágil en el Amor
que en el instante alegre de rompérsenos
le apunten ya los miembros nuevos del renacer.

Pero—recordemos lo que decíamos al principio—no es empresa fácil la de ser novio cristiano. El canto VIII, que lleva este hermoso, este viril título: «¡Sólo los violentos, Señor!», y también el siguiente, expresan duramente esa lucha por la castidad:

Como tienden a unirse los párpados dormidos,
[tiende a fundirnos nuestra sangre;
nos desazona a veces nuestro amor con su inefa-
[ble angustia de ir a nacer ya entero.
Ahogar la vida es duro entonces,
aunque sea para vivir eternamente.
Entonces, cuando hacerse fuerza
sólo puede tener por clave la esperanza.

El noviazgo, imagen de la vida cristiana y su ascesis y sacrificio en espera de la vida plena, de la vida conyugal:

Nuestra próxima siesta ya no será como esta de esta tarde
con los cuerpos solteros, solitarios, tendidos en la hierba.
Nos alegra la espera, la esperanza inminente que anda por
tu rostro dormido y por dentro de mí, que te contemplo.
Nuestra próxima siesta será esa embriaguez del alma hecha ternura,
que estamos conteniendo los dos desde el principio.

Y más allá del matrimonio de la tierra, su «cauce único» prometido; más allá de la espera, la esperanza:

Casi presientes algo del día interminable
que volverá a ver juntos nuestros cuerpos gloriosos:
cuando queden de nuevo los pechos de mi amada
como frutas tranquilas sin ladrón.

Pero termino ya porque he cumplido lo único que pretendía: dejar aquí constancia de un nuevo movimiento cristiano seglar, del esfuerzo de unos jóvenes que, con su vida y con su palabra, se han propuesto devolver al matrimonio y al noviazgo, en este

tiempo de frivolidad y descristianización, toda su seriedad, su espiritualidad y su plenitud cristiana de sentido. Hay gentes que todo lo esperan—o lo desesperan—de la política. Yo, no. Yo creo que si España ha de renovarse y, en definitiva, justificarse, no será a golpe de leyes y decretos, sino por el esfuerzo callado, firme, perseverante, de unos cuantos españoles que aquí y allá pongan una fe—religiosa, moral, filosófica, cívica, familiar, profesional, laboral, humana—en pie.

José Luis L. Aranguren.
Velázquez, 25.
MADRID.

PRESENTACION POLITICA DE ANTONIO MACHADO EN LA COLUMBIA UNIVERSITY

En un «festejo» del Hispanic Institute in the United States de la Columbia University, de New York, ha recibido la alternativa de «sobresaliente político» nuestro gran poeta español Antonio Machado, hoy tan maltratado, tan al alcance de cualquier bandera politiqueril, incluso en los homenajes póstumos que le rinden los forzosos amigos en la política a ultranza (1). Don Antonio es ya, para los estudiantes de castellano neoyorquinos y para todos los hispanistas de las Universidades estadounidenses, un hombre político, una especie de Henry Wallace de tomo y lomo que, además, tuvo la genialidad de ser bastante poeta. En la toma de posesión de la alternativa política de lo que queda del autor de *Soledades* fué su madrina en Nueva York, la «Revista Hispánica Moderna», por lo demás excelente publicación literaria, y su maestro de lidia, el escritor don Gabriel Pradal-Rodríguez, quien, en su discurso de loa, titulado «Antonio Machado: Vida y obra» (págs. 1-80), demuestra, con gran lujo de fraseología proselitista, que:

1.º Machado fué *rojo* sin equívocos (pág. 3).

2.º «...la inmensa aventura política de un pueblo [el español de 1936] se somete a la significación de su obra» (pág. 8).

3.º «...la guerra parece que viene a dar al personaje de Antonio Machado su acabamiento y perfección» (pág. 25).

(1) «Revista Hispánica Moderna». Año XV. Núms. 1-4. Enero-diciembre 1949. Hispanic Institute in the United States. Columbia University. Gabriel Pradal-Rodríguez: *Antonio Machado: Vida y obra* (págs. 1-80). Rafael Heliodoro Valle: *Antonio Machado: Bibliografía* (págs. 81-98). Antonio Machado: *Antología*. Antonio Machado: *Obra inédita: Proyecto del discurso para su recepción en la Academia Española* (págs. 153-247). (La revista sale con dos años de retraso.)